

Razón y fe en la universidad: ¿oposición o colaboración?

Lluís Clavell
Sphaera 17, 2010

Lección Magistral en la celebración de Santo Tomás de Aquino
en la Universidad CEU Abat Oliba (Barcelona)
y en la Cátedra Santo Tomás de Aquino (Madrid)

Universitat Abat Oliba CEU
Instituto CEU de Humanidades
Ángel Ayala

El Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala es un centro de investigación y docencia que pretende ser un foco de elaboración y difusión de pensamiento humanístico católico, siendo un lugar de encuentro intelectual abierto y acogedor.

La *Serie Sphaera* divulga las conferencias que se dictan en el seno de las Cátedras que mantiene el Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala: la Cátedra Ángel Herrera Oria de Doctrina Social de la Iglesia, la Cátedra Santo Tomás de Aquino y la Cátedra Juan Pablo II.

Serie Sphaera del Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala

**Razón y fe en la universidad:
¿oposición o colaboración?**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2010, Lluís Clavell

© 2010, Fundación Universitaria San Pablo CEU

CEU Ediciones

Julián Romea 18, 28003 Madrid

www.ceuediciones.es

Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala

Pº Juan XXIII 8, 28040 Madrid

www.ceu.es/angelayala

ISBN: 978-84-92989-06-5

Depósito legal: M-11039-2010

Agradezco profundamente la invitación muy amistosa a celebrar juntos en mi tierra la fiesta del común maestro y amigo Fray Tomás de Aquino. El año pasado tuve ocasión de hacerlo en su ciudad natal, porque el 7 de marzo nacía el Círculo Santo Tomás de Aquino, con personalidad eclesial y civil, una iniciativa cultural radicada en los lugares de la infancia de Tomás, pero con proyección universal.

Benedicto XVI ha recordado que el Aquinate es patrón de los centros de enseñanza de todo tipo y esto constituye también un motivo más para felicitar de todo corazón a las Universidades de la Asociación Católica de Propagandistas por su decisión de celebrar con especial solemnidad el aniversario del tránsito de Fray Tomás al Cielo, donde vio satisfecha con creces su búsqueda desde niño: «¿qué es Dios?»

El tema elegido para esta lección o conversación a la vez académica y familiar –no se oponen estos adjetivos– es: «Razón y fe en la universidad: ¿oposición o colaboración?» Es sin duda una cuestión de gran actualidad, porque es muy frecuente la separación, o incluso la oposición. A la vez no es fácil alcanzar la colaboración, que se presenta como una tarea difícil, como un ideal irrenunciable en una universidad de inspiración cristiana, pero también como un objetivo sin caminos ya bien señalados.

Constituye además un tema muy adecuado y no puramente celebrativo para esta fiesta académica, porque Santo Tomás ha marcado la historia del saber y de la universidad precisamente mediante su esfuerzo por alcanzar la armonía entre fe y razón en la universidad. El Concilio Vaticano II recomienda en dos lugares de sus textos el estudio del maestro de Aquino. Uno de ellos es el n. 10 del Decreto *Gravissimum educationis*, en el que hablando de las universidades y escuelas dependientes de la Iglesia, se anima a que «considerando con toda atención

los problemas y los hallazgos de los últimos tiempos se vea con más exactitud (*altius perspiciatur*) cómo la fe y la razón van armónicamente encaminadas a la verdad, que es una, siguiendo las enseñanzas de los doctores de la Iglesia, sobre todo de Santo Tomás de Aquino». Este es el tema de la presente reflexión, que deseo compartir con ustedes, con la intención de estimular una tarea ya iniciada en esta universidad desde hace tiempo.

1. Fray Tomás de Aquino, profesor universitario de la Facultad de Teología

Sabemos bien que a lo largo de la historia surgen problemas de diverso tipo, a veces nuevos, entre estos dos niveles de conocimiento. La Universidad de París gozaba en el siglo XIII de una gran vitalidad, no exenta de tensiones. El gran reto intelectual surgía entonces del conocimiento más amplio de las obras de Aristóteles y de su rigurosa noción de ciencia en contraste con un ambiente dominado por el neoplatonismo agustiniano. Los maestros de la Facultad de Artes –correspondiente a las Facultades de Filosofía y Letras– asimilaron pronto el saber aristotélico, pero no siempre con el debido discernimiento.

Fray Tomás siente el nuevo desafío para la fe y para la Facultad de Teología y se lanza sin miedo a estudiar los escritos de Aristóteles. Su lectura no se limitaba, como en ocasiones hacemos hoy, a subrayar a lápiz, o con rotulador de colores, o en el ordenador, las afirmaciones más centrales. Busca en cada libro el esquema, divide y subdivide las diversas secciones y párrafos, escribe su comentario literal con gran rigor, hasta el punto de ser considerado como un intérprete especialmente profundo para entender mejor el *corpus* aristotélico. En el Renacimiento se llegó a decir, a mi modo de ver con exageración: *sine Thoma, Aristoteles mutus*. Por otra parte, la afirmación de que sin Aristóteles no se entiende a Tomás, es compartida por muchos aún hoy, si bien con acentos diversos.

Según los historiadores, esas exposiciones no tenían la finalidad directa de dar un curso. Eran más bien un modo de estudiar para sí mismo y para los demás, en busca de una expresión explícita e inequívoca, si bien abierta al carácter inefable del misterio de la realidad. Me viene a la memoria un gran maestro común, D. Antonio Millán-Puelles, al reclamar la claridad en filosofía, pues se sabe propiamente aquello que uno alcanza a escribir de modo claro. Jean-Pierre Torrell cuenta un ejemplo de la seriedad profesional de Tomás: estudia con

profundidad la *Ética a Nicómaco*, escribiendo el correspondiente comentario precisamente cuando elabora en la segunda parte de su *Suma de Teología* el tratado de las virtudes.

Al inicio de su carrera universitaria, el Aquinate aprovechó su comentario al libro *De Trinitate de Boecio* para establecer el objeto y el método de la teología en el conjunto de los saberes. Según algunos, cumplido ese objetivo primordial, el joven profesor, acuciado por muchas tareas, deja sin terminar el comentario. Posteriormente escribe con calma su estudio de las obras de Aristóteles y allí trata de nuevo del estatuto de los distintos saberes. Revisten especial interés los proemios, donde Tomás sintetiza su visión del libro aristotélico, objeto de su lectura, y lo pone en relación con otros.

2. La etapa actual de las relaciones entre fe y razón

Con el Concilio Vaticano II se han dado buenos pasos para superar algunos conflictos entre la fe y algunos aspectos de la racionalidad moderna en el terreno de la filosofía social y política y en el campo de las ciencias históricas y naturales. Sin embargo persiste la dificultad de un uso de la razón concentrado en métodos rigurosos y especializados, no aplicables a otras dimensiones de la realidad. Existe una fragmentación en el uso de la lógica por parte de cada ciencia y una consiguiente distancia, de lenguaje y epistemológica, ya desde hace varios siglos entre las facultades universitarias.

Ante los éxitos científicos y técnicos, las ciencias humanas e incluso la misma filosofía han buscado incorporar aspectos de los métodos de verificación empírica, en una operación difícil y todavía no consolidada. Pero muchas mentes críticas advierten una caída de tensión de la filosofía hacia la verdad.

En cuanto a esa gran empresa humana que es la universidad, se observa en muchos casos la tendencia a su transformación en valiosas escuelas profesionales con escasa investigación. Se trata de un deslizamiento explicable en parte por motivos económicos, a causa del elevado coste de los proyectos de investigación, pero en el fondo no es justificable si la comunidad universitaria siente intensamente su vocación de servicio a la sociedad, si se resiste a sacrificar lo importante a lo urgente.

En otras ocasiones se convierten en centros dedicados sobre todo a investigar en campos especializados e innovadores de aplicación rápida, pero descuidando la

formación de los estudiantes. Un ejemplo significativo, fuente de inquietud en muchos intelectuales, pero también para cada uno de nosotros en la condición de pacientes, es el campo de las ciencias de la salud. Las Facultades de Medicina llegan a preparar buenos especialistas en técnicas curativas, pero disminuyen los médicos en el sentido integral del término.

En los títulos de las primeras universidades medievales estaban presentes la innovación, el progreso del saber y del hacer, junto con la transmisión de los hábitos científicos, sapienciales y morales a los alumnos. La expresión *Alma Mater Studiorum* se extendió de la Universidad de Bolonia a otras, subrayando los aspectos científicos de investigación y transmisión del saber. La *Universitas magistrorum et scholarium*, ligada a París, pone el acento en la comunidad de personas que buscan la verdad. Pero en ambas eran inseparables la enseñanza y la investigación, con una fuerte presencia del deseo de conocer la verdad, ya destacado por Aristóteles en las palabras iniciales de su *Metafísica*: «Todos los hombres desean por naturaleza saber».

Juan Pablo II lo expresaba biográficamente en la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae* sobre las universidades de la Iglesia: «Durante muchos años yo mismo viví la benéfica experiencia, que me enriqueció interiormente, de aquello que es propio de la vida universitaria: la ardiente búsqueda de la verdad y su transmisión desinteresada a los jóvenes y a todos aquellos que aprenden a razonar con rigor, para obrar con rectitud y para servir mejor a la sociedad»¹.

En las circunstancias actuales no es sencillo llevar a la práctica el ideal de la colaboración de las ciencias positivas con los saberes tradicionalmente de suyo más sapienciales y universales: la teología y la filosofía. Benedicto XVI en el discurso preparado para la Universidad «La Sapienza» de Roma y luego leído por otro profesor a causa de la oposición a su visita por parte de un sector docente, reflexiona sobre el papel de las Facultades de Filosofía y de Teología, junto a las de Medicina y Jurisprudencia, en las universidades medievales: a ellas «se encomendaba la búsqueda acerca del ser hombre en su totalidad y, con ello, la tarea de mantener despierta la sensibilidad por la verdad. Se podría decir incluso que este es el sentido permanente y verdadero de ambas Facultades: ser guardianes de la sensibilidad por la verdad, no permitir que el hombre se aparte de la búsqueda de la verdad»².

¹ Juan Pablo II, Cost. ap. *Ex corde Ecclesiae*, 15 agosto 1990, n. 2.

² Benedicto XVI, Discurso a la Universidad «La Sapienza» de Roma, 17 de enero de 2008.

No es fácil expresar esa misión de la sabiduría de manera más bella y atractiva. Sin embargo, a renglón seguido el Santo Padre se interroga: «¿cómo pueden dichas Facultades cumplir esa tarea?» Su respuesta no sólo es fruto de su estilo intelectual exquisito y amable. Obedece a su gran sensibilidad histórica. «Esta pregunta exige un esfuerzo permanente y nunca se plantea ni se resuelve de manera definitiva. En este punto, pues, tampoco yo puedo dar propiamente una respuesta. Sólo puedo hacer una invitación a mantenerse en camino con esta pregunta, en camino con los grandes que a lo largo de toda la historia han luchado y buscado, con sus respuestas y con su inquietud por la verdad, que remite continuamente más allá de cualquier respuesta particular»³.

3. Algunas reflexiones tomistas recientes

Vale la pena releer las palabras «exige un esfuerzo permanente y nunca se plantea ni se resuelve de manera definitiva». A veces se ha presentado la Edad Media con tintas oscuras o, al contrario, como una época dorada. Con su fino sentido histórico, Alasdair MacIntyre en su obra *Tres versiones rivales de la ética*⁴, observa que ni en el medievo ni más tarde se consiguió llevar a la práctica el papel unificador de la teología con respecto a las demás facultades universitarias.

En la actualidad el fenómeno de la dispersión de métodos y de saberes se presenta de un modo nuevo y arraigado, porque han transcurrido ya varios siglos de fragmentación. Superar las separaciones y los recelos será una tarea lenta. Juan Pablo II escribe en *Fides et ratio*⁵: «deseo expresar firmemente la convicción de que el hombre es capaz de llegar a una visión unitaria y orgánica del saber. Éste es uno de los cometidos que el pensamiento cristiano deberá afrontar a lo largo del próximo milenio de la era cristiana». Un plazo tan largo puede desanimar a algunos, pero en realidad anima a acelerar el paso y a no retrasar las iniciativas en este campo.

Quizá no exista una terapia única, sino plural. En todo caso podemos seguir caminando, sin desistir, ayudándonos de los grandes, según la expresión de Benedicto XVI. Uno de ellos es Tomás de Aquino, profesor universitario de la Facultad de Teología con la tarea fundamental de comentar los libros de la

³ *Ib.*

⁴ The Gifford Lectures, University of Notre Dame Press, 1990; *Three Rival Versions of Moral Enquiry*.

⁵ n. 85.

Sagrada Escritura. Trabajo irrealizable según él sin la ayuda de una filosofía de alcance metafísico. El sendero abierto por Tomás de Aquino es seguido y actualizado por discípulos suyos contemporáneos nuestros. Voy a mencionar sólo algunos, para terminar con algunas propuestas.

MacIntyre, en su largo acercamiento al Aquinate, ha tratado el tema en diversas ocasiones. Quizá la última en su libro *God, Philosophy, Universities: A Selective History of the Catholic Philosophical Tradition*⁶. A su parecer, la institución universitaria, debido a la fragmentación del saber, se ha convertido en una «multiversidad». Sería necesario centrar la empresa universitaria en la «noción de la naturaleza y orden de las cosas, de un sólo universo, cuyos diversos aspectos son objeto de investigación por parte de varias disciplinas, pero de tal modo que cada aspecto necesita ser relacionado con todos los demás».

Su propuesta se inspira en Santo Tomás, con su distinción de un doble orden de conocimiento –natural y sobrenatural– y también en «la idea de universidad» del ahora Venerable John Henry Newman. MacIntyre, propone colocar como centro la enseñanza y afrontar especialmente una antropología integral, con la colaboración de físicos, químicos, biólogos, historiadores, economistas, sociólogos, además de filósofos y teólogos. Esto requeriría un trabajo en equipo de numerosos pensadores católicos durante un largo período de tiempo. En ese proyecto el centro integrador es una filosofía, elaborada a alto nivel académico, y esencialmente abierta a la teología y a las ciencias naturales y humanas. Pero, como es natural, lo primero es adquirir una conciencia honda del problema y a la vez esforzarse por curar la debilidad de la filosofía y de la misma teología, pues con unos conocimientos sapienciales vacilantes la tarea se torna imposible.

G. Tanzella-Nitti, astrofísico y teólogo de mi universidad, en la voz «Unità del sapere» del *Dizionario Interdisciplinare Scienza e Fede*, formula una pregunta semejante: «¿se ha renunciado a la unidad del saber cuando las disciplinas han empezado a multiplicarse o quizá, más bien, cuando la persona ha perdido el propio centro interior, la conciencia de su puesto en el cosmos? Y si ha sido así, ¿qué podría restituir este centro y esta conciencia».

En 2006 el dominico Benedict Ashley, ya octogenario, ha publicado *The Way toward Wisdom: An Interdisciplinary and Intercultural Introduction to*

⁶ Lanham, Md.: Rowman & Littlefield, 2009. Cfr. su artículo *The End of Education: The Fragmentation of the American University*, en «Commonweal» (20 de octubre de 2006).

*Metaphysics*⁷. En esta obra aborda la cuestión después de largos años de trabajo en un equipo conocido como «River Forest School». En River Forest, un barrio de Chicago, la Orden de Predicadores tenía un centro universitario de teología y filosofía, y en su seno se creó el Liceo Alberto Magno, con el fin de promover el diálogo entre filósofos y científicos. En él han trabajado de modo muy competente en la historia de la ciencia William Wallace y James A. Weisheipl, bien conocido más tarde por su biografía del Aquinate. El más especulativo del grupo ha sido Benedict Ashley, teólogo y filósofo.

Ashley delinea un programa educativo en Artes liberales y propone pasar de la ciencia a las cuestiones meta-científicas como una introducción a la llamada filosofía primera o metafísica, donde se alcanza la Causa Primera y por tanto la sabiduría. Este proyecto requiere una genuina «interdisciplinaridad», posible sólo en un ambiente de diálogo. Así como Aristóteles empezó por la ciencia natural o física, estudiando los diversos grados de perfección y de vida, para llegar luego a la filosofía primera, esa misma línea es también ahora practicable. En esta presentación brevísima, es necesario notar que Ashley se confronta con numerosos autores (Duns Scoto, Suárez, Wolff, Kant, Heidegger, Whitehead, etc.) y reflexiona sobre muchos conocimientos científicos para hacer meta-ciencia.

Todos los alumnos deberían estudiar primero las ciencias naturales a nivel universitario, incluyendo en ellas la reflexión sobre los aspectos meta-científicos. Sólo así podremos superar el foso entre la humanidades y las ciencias «duras». Además los hábitos intelectuales deben ir acompañados de la formación de los hábitos morales.

Ante el proyecto presentado por Ashley surgen varias observaciones. Desde el punto de vista educativo algunos objetan que descuida un poco las humanidades, la historia y la racionalidad práctica. En el plano más especulativo, L. Dewan y otros piensan que el camino hacia la sabiduría filosófica –la metafísica– no pasa necesariamente por la meta-ciencia, pues la inteligencia tiene como primer objeto lo real, o en términos más precisos: la primera noción intelectual, con toda la poca claridad que se quiera, es la de algo que es. A un nivel más práctico, esta propuesta podría considerarse como irrealizable. Sin embargo algún «college» de excelencia, donde se obtiene el primer grado universitario después de cuatro años, practica un plan de ese tipo, gracias a la libertad de las universidades de los Estados Unidos, y obtiene una puntuación de 99 sobre 100, según una clasificación realizada por Princeton.

⁷ Notre Dame, Ind.: University of Notre Dame Press 2006.

4. Posibles líneas de aplicación más concretas

¿Y usted qué propone?, me decía un intelectual americano con el estilo directo característico del ambiente cultural de ese gran país, muy distinto del modo indirecto del estilo universitario italiano, que formularía la pregunta más bien así: ¿piensa usted que habría algún camino practicable para una mayor colaboración entre los saberes? En la medida de lo posible, después de no pocos años en Italia, trato de formular la respuesta de modo directo en varios puntos breves.

4.1. «Pensar junto a los científicos»

Establecer un clima no sólo de respeto, sino de simpatía entre los profesores de distintos saberes parece un buen objetivo. Comprensión profunda significa empatía, ponerse en el lugar del otro y compartir el enfoque y el método de su investigación. Esto implica saber escuchar con interés, conscientes de no tener ya una respuesta preparada, como una receta. Varios autores invitan a la conversación⁸ o al diálogo constructivo entre las diversas ciencias⁹. En un clima de simpatía mutua es más fácil aceptar con sencillez los límites del propio saber y sentir la necesidad de una mayor colaboración. Para los pertenecientes al ámbito de lo filosófico-teológico, propondría el programa de «pensar junto a los científicos», no como una táctica, sino como una necesidad para el servicio a la tarea universitaria.

4.2. Mantener juntas investigación y didáctica

Es muy acertada la crítica de MacIntyre a las multiversidades, es decir a la universidad como conjunto de centros de investigación aplicada, pero la universidad no debe abandonar el binomio docencia-investigación. Buscar caminos nuevos, profundizar en los problemas, hallar soluciones para las necesidades de la sociedad, hacer progresar el saber y la técnica forma parte del ideal universitario, practicado ya en la edad media, con acentos más matemáticos en Oxford, y subrayando los aspectos empíricos en París.

Es necesaria la investigación aplicada, aunque en la universidad se realice de modo diverso al de una empresa industrial, es decir, en conexión con otros saberes y buscando la verdad. Esto lleva a no abandonar la investigación básica,

⁸ J.F. Haught, *Science and Religion. From Conflict to Conversation*, Paulist Press, New York 1995.

⁹ M. Heller, *The World and the Word*, Pachart, Tucson 1986.

a veces no dirigida a un problema práctico concreto, sino orientada a conocer mejor un sector de la realidad. En este aspecto, Benedict Ashley, quizá por su trabajo en equipo en la River Forest School, comprende mejor que MacIntyre la necesidad de la investigación.

4.3. Los presupuestos metacientíficos de una facultad universitaria

Después de la revolución antropológica del '68, con su rechazo de convicciones antes pacíficamente compartidas, se siente la necesidad de repensar la antropología. A nivel universitario, cada facultad debería plantearse estas cuestiones de un modo institucional, partiendo desde los temas propios y específicos suyos.

El psiquiatra Juan Bautista Torelló escribe: «Es una realidad humana: la filosofía es ineludible, también para sus detractores so capa de sobriedad científica. Una concepción previa del mundo y del ser humano preside e influye en todas las observaciones, todos los experimentos y todas las interpretaciones científicas. A sabiendas o menos, toda ciencia natural presupone una meta-física, una meta-psicología, una meta-clínica, una meta-sociología... De otro modo, física, psicología, medicina y sociología no sabrían ni siquiera de qué hablan»¹⁰.

Un buen camino para explicitar los presupuestos puede ser el de no separar cada ciencia –y las profesiones derivadas de ella– del ámbito de la vida de las personas y del horizonte de la realidad más amplia del mundo y de Dios. Más concretamente se pueden distinguir varias cuestiones meta-científicas para orientar una facultad universitaria más decididamente al servicio de la persona: a) reflexionar sobre los presupuestos antropológicos de una ciencia y de una profesión (cuestión antropológica); b) explicitar la conciencia del propio método: qué aspecto de la realidad nos permite conocer un método, una determinada técnica de experimentación, etc. y cuáles son sus límites; se trata de reflexionar sobre la lógica de cada saber (cuestión epistemológica); c) a la luz de los dos puntos anteriores estudiar la dimensión ética de cada ciencia y trabajo profesional (cuestión ética); d) escuchar la palabra de Dios revelado en Cristo (cuestión teológica).

Los tres primeros puntos competen de modo especial a la filosofía, pero también a la historia de las ciencias y del pensamiento científico. Además es conveniente la colaboración de las obras literarias sobre temas profesionales y científicos.

¹⁰ J. B. Torelló, *El sentido último de la vida, según la «Fides et ratio»*, (1999), en almudi.org y Merleau-Ponty, *Sens et non sens* (trad. ital.), Milano 1962, p. 120.

4.4. Pensar a partir de los saberes particulares

Se dirá que algunas facultades practican ese estilo «aristotélico» desde hace siglos. Por ejemplo, los estudios jurídicos han incluido durante siglos una historia y una filosofía del derecho (con las cuestiones antropológicas y epistemológicas), una deontología profesional y a veces, algo desligada de las demás disciplinas, un estudio de la teología.

La novedad exigida por la fragmentación del saber consiste en ver con más claridad la necesidad de abordar las cuestiones planteadas desde el mismo terreno científico cultivado por una facultad, en un movimiento ascendente hacia la consideración sapiencial. Los presupuestos han de examinarse a partir de los conocimientos científicos en su estado actual. Incluir en un plan de estudios una disciplina de antropología, de ética o de epistemología es algo bueno e incluso necesario. Pero no resuelve el problema, porque podría resultar algo yuxtapuesto sin incidencia en la vida intelectual de los alumnos y sobre todo del cuerpo docente, compuesto con frecuencia por expertos prestigiosos, por un lado, importantes para la excelencia académica y para el ranking, y de humanistas valiosos, por otro, pero algo desconectados.

No es una tarea fácil. Lo más importante es darse cuenta de su necesidad. Las formas de mejorar en este terreno pueden ser variadas. Por mi parte, subrayaría el pensar juntos, en primer lugar los profesores. Un seminario permanente de profesores de una misma facultad o de varias juntas, sobre los cuatro puntos mencionados puede constituir un buen medio, a nivel de reflexión teórica, exigida por la didáctica y por los problemas de hoy. A nivel práctico y de toda una universidad, individuar algunas líneas de investigación prioritarias sobre cuestiones interdisciplinarias, en las que se incluyan proyectos para realizar conjuntamente entre profesores de los ámbitos científico y humanístico, sería un modo de realizar la *universitas magistrorum*. Añado –y lo hago no sólo por mi origen catalán–: proyectos financiados facilitan la colaboración recíproca entre profesores de campos diversos.

4.5. ¿Y la teología?

Hasta aquí he considerado la conveniencia de una reflexión filosófica sobre los presupuestos antropológicos de cada carrera universitaria, sobre el método utilizado, con sus ventajas y con sus límites, y luego sobre las cuestiones éticas implicadas en una investigación y en el ejercicio profesional. Pero ¿y la teología?, ¿tiene algo que aportar? y ¿cómo puede hacerlo?

Porque el filosofar sigue un camino ascendente, hacia las causas más altas, o si se prefiere, hacia abajo, examinando los fundamentos, pero siempre partiendo de la experiencia ordinaria y de las ciencias particulares. Por eso he propuesto «pensar junto a los científicos», como deseaba Karl Jaspers¹¹. Luego se puede volver al punto de partida con una nueva luz. En Sant'Ivo alla Sapienza, la Iglesia de la primera universidad de Roma, hay una bellísima y singular cúpula de Borromini, que asciende en movimiento espiral hasta el punto más alto, en el que está la Cruz que habitualmente corona todas las iglesias. Una representación magnífica de la sabiduría: volar como las águilas en un camino circular siempre hacia arriba y luego descender. Ese recorrido se puede subir y bajar. Lo específico de la filosofía es la ascensión ardua.

En cambio la teología cristiana, como participación de la misma ciencia divina, considera la realidad creada desde Dios. Sigue, por tanto, de suyo un orden descendente e ilumina desde lo alto.

«El hombre que recibe la revelación participa en un conocimiento sobrehumano. Su *sacra doctrina* (de Santo Tomás) es como un reflejo de la ciencia del mismo Dios, y de los bienaventurados (la Iglesia que está ya en el cielo): “De este modo la doctrina sagrada es una ciencia: en cuanto se apoya en principios conocidos a la luz de una ciencia superior, es decir de la ciencia de Dios y de los santos”^{12,13}.

Sin embargo, a causa de la limitación de la inteligencia humana, esa participación de la Sabiduría necesita del ejercicio de la racionalidad, especialmente de los argumentos de razón de orden filosófico¹⁴.

La gran novedad de la teología se concentra en Dios revelado en Cristo, Hijo Unigénito del Padre, que ha asumido la naturaleza humana para salvarnos sobre todo con el máximo «exceso» del amor divino, que es la Cruz, seguida de la Resurrección a la Vida gloriosa: con un «derroche divino», por emplear la expresión con que Carlos Cardona solía referirse al maravilloso espectáculo de la creación. Especialmente con la Cruz y la Eucaristía se nos hace manifiesta la

¹¹ Cfr. K. Jaspers, *Perché la filosofia serve alla scienza e la scienza alla filosofia*, in *La filosofia dell'esistenza*, tr. it. a cura di G. Penzo e U. Penzo Kirsch, Laterza, Roma-Bari 2002, pp. 5-14.

¹² *Summa Theologiae*, Ia, q. 1, a. 2.

¹³ Charles Morerod OP, *Il ruolo della dottrina di San Tommaso nella formazione teologica del sacerdote* (Sessione Pubblica delle Accademie Pontificie, 27 gennaio 2010, Roma).

¹⁴ J. Rassam, *Thomas d'Aquin*, PUE, París 1969, pp. 27s.: «Cependant le recours du théologien à la philosophie n'est facultatif ni superfétatoire. Car si ce n'est pas en raison de sa propre insuffisance que la théologie a besoin des autres sciences, elle est tout de même tenue de les utiliser, en raison de la déficience de l'intellect humain, *propter debilitatem intellectus nostri* (S. Th. I q. 1, a. 5, ad 1)».

realidad sublime de la Filiación divina. Cristo crucificado y glorificado y presente en la historia revela plenamente qué es la persona humana y la verdad profunda de todo lo creado. Con palabras de la liturgia, que San Josemaría Escrivá gustaba de meditar: *lux in Cruce, requies in Cruce, gaudium in Cruce!*: «¡claridad en la Cruz, descanso en la Cruz, alegría en la Cruz!» La Cruz ilumina toda la realidad. Todos los saberes en su conjunto necesitan esta luz.

Pero Dios no destruye el orden natural de la realidad, que Él ha creado con amorosa sabiduría. La teología proyecta su luz en todo con la mediación de la filosofía. Como decía antes, no se trata de un defecto de la Revelación, sino de que la gracia no destruye la naturaleza sino que la sana y eleva a un estado más alto¹⁵.

Pero la sabiduría natural debe tener conciencia de los propios límites. Sabiduría es también apertura al misterio. «La filosofía, que por sí misma es capaz de reconocer el incesante trascenderse del hombre hacia la verdad, ayudada por la fe puede abrirse a acoger en la “locura” de la Cruz la auténtica crítica de los que creen poseer la verdad, aprisionándola entre los recovecos de su sistema. La relación entre fe y filosofía encuentra en la predicación de Cristo crucificado y resucitado el escollo contra el cual puede naufragar, pero por encima del cual puede desembocar en el océano sin límites de la verdad. Aquí se evidencia la frontera entre la razón y la fe, pero se aclara también el espacio en el cual ambas pueden encontrarse»¹⁶.

Benedicto XVI lo ha expresado con una fórmula feliz y profunda: «Yo diría que la idea de Santo Tomás sobre la relación entre la filosofía y la teología podría expresarse con la fórmula que encontró el Concilio de Calcedonia para la cristología: la filosofía y la teología deben relacionarse entre sí “sin confusión y sin separación”»¹⁷.

«Sin confusión» significa que ambas deben conservar su identidad propia. «Sin separación» implica que la filosofía no es fruto del sujeto pensante aislado,

¹⁵ «Una simile associazione fra filosofia e teologia si fonda sull’adagio di san Tommaso: “Gratia non tollit, sed perficit naturam”, che si può interpretare: la teologia non distrugge, bensì perfeziona la filosofia. A nostro avviso, non bisogna dunque intendere questo principio nel senso che occorre innanzitutto costruire la filosofia, opera della ragione, dicendo a se stessi che essa sarà in ogni modo confermata dalla grazia, ma in senso contrario: occorre avere l’audacia di credere alla Parola di Dio e affidarsi alla grazia, con la certezza che, lungi dal distruggere ciò che vi è di vero, di buono e di ragionevole nella filosofia, la grazia ci insegnerà a farlo nostro, a valorizzarlo, a perfezionarlo, pur rivelandoci una sapienza più profonda e vasta di qualsiasi pensiero umano, quella che dona lo Spirito Santo, che ci unisce alla persona di Cristo e alla sua Croce, insegnandoci a “vivere in Cristo”». (S. Pinckaers, *Il posto della filosofia nella teologia morale. Riflessioni sull’enciclica di Giovanni Paolo II «Fides et ratio»* 13).

¹⁶ *Fides et ratio*, n. 23.

¹⁷ Benedicto XVI, *Discurso a la Universidad La Sapienza de Roma*, 17 de enero de 2008.

sino que se desarrolla en el gran diálogo de la sabiduría histórica, sin «cerrarse ante lo que las religiones, y en particular la fe cristiana, han recibido y dado a la humanidad como indicación del camino»¹⁸.

La fe y la teología son una fuerza purificadora para la razón misma, que la ayuda a ser más ella misma. El hombre es sanado y confortado por la fe, en cuanto sujeto que nace con vocación a la verdad. Pero además el contenido de la Revelación amplía sus horizontes con la filiación divina y la identificación con Cristo, y le aclara también un panorama no inaccesible para la razón humana, pero difícil: el que se refiere a las realidades espirituales y personales, como quiso formularlo Romano Guardini¹⁹.

He mencionado la necesidad de la mediación filosófica para una eficaz iluminación de la teología en todos los campos científicos²⁰. Quizá no sea inútil pedir, a quienes cultivan la teología y la filosofía, la modestia y la apertura para escuchar a los que trabajan esforzadamente en las ciencias particulares. También así se puede facilitar a los científicos que no se cierran a los niveles no empíricos de la realidad, sino que vivan esa ampliación de la racionalidad que Benedicto XVI propone a todos, pero especialmente a las universidades, como una gran aventura.

¹⁸ *Ib.*

¹⁹ Cfr. R. Guardini, *Spirito vivente* (saggio del 1927), contenuto in *Natura, Cultura, Cristianesimo*, Morcelliana, Brescia 1983.

²⁰ Cfr. S. L. Brock, *Autonomia e gerarchia delle scienze in Tommaso d'Aquino*, en R. Martínez (ed.), *Unità e autonomia del sapere. Il dibattito del XIII secolo*, Armando editore, Roma 1994, pp. 71-95.